

## ¿Dónde tú estabas? Más nieve que salsa

*La salsa en tiempos de nieve.*

*La conexión latina Cali-Nueva York (1975-2000)*

ALEJANDRO ULLOA SANMIGUEL  
Universidad del Valle, Cali, 2020, 411 pp.

ESTA PROFUNDA investigación de antropología urbana en caliente, como la denomina el mismo Alejandro Ulloa, es un trabajo de larga duración en términos del historiador francés Fernand Braudel. Es fruto de más de cincuenta años de andanzas, bailes, conversaciones, lecturas e interacciones, de primera mano, de su autor entre Cali y Nueva York. Contrariamente a otras investigaciones de Ulloa, un destacado conocedor de la salsa que ha dedicado su vida a enseñar, investigar y compartir sus conocimientos en aulas universitarias, dentro y fuera de Colombia, en esta ocasión se centra en una microhistoria del narcotráfico, pero lamentablemente la salsa va quedando de lado. El lector no encontrará una conexión de sabores de la salsa en los míticos trances entre los Palladiums y los Escondites; ni una mixtura entre *Los reyes del mambo*, de Oscar Hijuelos, y los cuentos de Umberto Valverde, ni un mano a mano entre el boogaloo y la pachanga con Ray Barretto y Piper Pimienta. Se topará ante todo con la historia del Cartel del Cali y de los hermanos Rodríguez Orejuela. Los capos y los promotores musicales son los personajes centrales de este libro, unidos a los migrantes más o menos anónimos:

[...] durante la persecución al Cartel de Cali en 1994, el Comando Especial Conjunto (CEC) envió un reporte: “Lunes: Jirafa Roja. Miércoles: Melodías del Caribe y Rumbavana. Jueves: Village Game. Viernes: Changó. Sábado: El Escondite. Las autoridades estaban informadas no solo de las discotecas de salsa y los días en que eran frecuentadas por los narcos, sino de sus hábitos, gustos y placeres relacionados con la salsa. (p. 205)

Aparte de los inmigrantes caleños en Nueva York, epicentro de la movida del narcotráfico, en esta historia sobresalen los promotores musicales. Es el caso de Larry Landa, salsero, coleccionista y empresario, quien figura

como uno de los ejes de la conexión mafiosa, con trasfondo de salsa entre las dos ciudades. La lectura de este libro decepciona en buena medida al salsómano, sin que ello represente un reparo frente al objeto de investigación, claro en sus objetivos, metodología y hallazgos. Parecería que esta vez el sociólogo le tomó mucho camino al salsero.

En el libro tiene también un papel destacado Jairo Varela, único salsero condenado por su relación con el Cartel de Cali (pago de honorarios por su música) y otro de los actores de la conexión latina entre Nueva York y Cali, asociado en muchas de sus letras al negocio que el autor llama “la ecuación salsa/narcotráfico/drogadicción” (p. 231). Quizá la intención política –necesaria y comprensible– de denunciar estos hilos, más o menos invisibles para las generaciones que no los conocieron, tiene un efecto que satura al lector y le hace perder otros ángulos de otras ecuaciones que no necesariamente se reducen a la misma fórmula para todo el mundo.

El tono de denuncia de Ulloa recorre toda su investigación, como una toma de posición valiente y decidida. El autor estudia el funcionamiento del narcotráfico entre las dos ciudades, pero convierte la salsa en un telón de fondo, o aún peor, en la telaraña misma del negocio. Todo está documentado y no hay afirmaciones vagas en sus historias. Numerosos documentos, testimonios de primera mano y estudios de archivo comprueban cada aseveración. Pero, ¿la salsa es solo eso? Pocas páginas dejan entrever otra perspectiva, como en el capítulo “De las salsotecas a las viejotecas”, donde se cuenta que

El Chuzo de Rafa creó a mediados de los años ochenta un espacio marginal para la poesía, [que] en Cali tenía cabida permanente en medio de la salsa. Atravesadas a veces por otros consumos, algunas de las salsotecas derivaron en pequeños guetos, refugios de desclasados en busca de un abrigo en forma de ritmo y melodía. (p. 261)

Sin embargo, la pregunta central que nos convoca después de leer el libro es: ¿puede reducirse un fenómeno estético, ante todo estético, como la

salsa, a una relación de productores y consumidores de “perico”? La obsesión del autor es demostrar que toda la salsa está viciada, así como Cali:

[...] el consumo de droga ha sido representado de diferentes maneras en la salsa [...] “Salsa con humo” de los Latin Brothers; “Pasé la noche fumando”, de Lavoe, o “Perico Macoña” de Ángel Canales, hacen apología o una velada incitación al consumo [...]. Al igual que el árbol del bien y el mal en el paraíso, esas sustancias son motivo de tentaciones y no ha de faltar a serpiente en el camino que se atraviese para incitar a probarlas. (p. 290)

Se podría pensar que la cruzada del autor es desintoxicar la salsa de su oscuro pasado, dejando fuera de borda los sentires populares que van más allá del marco de enunciación de una economía ilegal, cualquiera sea. Lo mismo podría decirse del jazz, el blues y el rock. No se trata, bien entendido, de ocultar ni de negar el aporte de Ulloa a la conexión latina como microhistoria del narcotráfico, ni tampoco de minimizar el impacto de la economía ilegal en el paisaje cultural de Cali, pero la lectura nos deja el sabor amargo de repensar los estigmas y estereotipos sobre la ciudad y sus habitantes. Que la rumba era excluyente, no queda duda; que la salsa estaba permeada por el narcotráfico (como el resto de la sociedad), es una huella inocultable. Pero, una vez más, ¿cómo puede obviarse la presencia popular, el goce de la salsa en las verbenas, casetas, coliseos populares, en los bailes caseros, de calle y de festín popular?

Como lo he dicho, el eje del libro y de buena parte de la historia reciente de Colombia es el narcotráfico. En ese marco, para el autor la salsa se va convirtiendo en un telón de fondo, en un decorado más de la industria ilícita, como lo han sido el fútbol, los reinados de belleza y tantos otros escenarios. Ulloa acusa entonces un exceso de saberes antropológicos y una ausencia de sabores salseros. Sin duda, este libro debería ser parte integral de una nueva historia extensa de Colombia, pero quizá defraude a muchos coleccionistas que atesoran, junto a los viejos acetatos y afiches de ocasión, libros de historia de la salsa que se centran más en las historias de los músicos, los bailadores,

en las noches de romance y desamor. El lado B (que podría ser el lado A) de esta historia es el libro *Historias de amor, salsa y dolor*, justamente entre Cali y Nueva York, conjunto de once cuentos de ida y vuelta, editado por Germán Cuervo en Cali, en 1989, que incluye relatos de Roberto Burgos Cantor, Julio Olaciregui, Umberto Valverde y Óscar Collazos, entre otros. Es la trama íntima de la salsa entre Cali y Nueva York.

Nos habría gustado que el conjunto del libro respondiera más a lo que hallamos en la primera parte de una cita aislada, en la página 117: “Existe una narrativa según la cual la salsa entró a Cali por Buenaventura, traída por los navegantes que llegaban con remesas de discos desde Nueva York. Este relato no cuenta qué se llevaba algunas veces en los barcos. De aquí para allá” (p. 117). La segunda parte es el contenido del libro.

Aunque después de leerlo parece evidente –y además se constituye en un gran aporte– el nexo entre la historia de la salsa, en estas dos ciudades, y el auge del narcotráfico, se trata de una microhistoria que nos permite reconsiderar la idea en el título mismo del libro: “en tiempos de nieve”. Dicha nieve no alude solo al invierno en Nueva York y a la famosa canción de Mon Rivera, “Lluvia con nieve”. Es también el apelativo coloquial para la cocaína. Se comprueba, en el capítulo 11, el doble sentido de la conexión latina:

En la composición figurativa de la carátula [del LP *Latin Connection* de la Fania, 1981], las líneas de “perico” están servidas para quien quiera inhalarlas. La relación texto/imagen connota, por un lado, la salsa como la música que vincula a los latinos en Nueva York y a los salseros de todas partes, y por otro, la droga, que se vincula con la salsa y su entorno en Nueva York. (p. 133)

El tono moralizante del libro recorre muchas de sus páginas, en las que se apunta a trazar una línea (de cal, de “perico”) cuando se habla de algunas canciones y sus cantores, como en el caso de “Periquito Pin Pin”, de Raúl Marrero, grabada en 1985 por la orquesta de Tommy Olivencia y Héctor Tricoche. No es un libro que vaya a disfrutar el bailaror callejero, pues se enfoca más como un estudio académico con una escritura

distanciada de la crónica urbana. Esa es su riqueza y su impasse para algunos. El ambiente de la música, en general, ha estado con frecuencia permeado por coyunturas similares a las descritas en este libro; pensemos en el jazz en la época de la prohibición del alcohol en Estados Unidos durante los años veinte, o en la marihuana y el rock en los años sesenta (además de múltiples ejemplos más recientes). Pero el lector no necesariamente quiere internarse en la novela negra; puede preferir un diálogo con un contexto, violento, siniestro si se quiere, pero acompañado de otras experiencias que sobreviven, a pesar de todo, para algunos individuos y comunidades locales. Por último, quizá sería muy útil, para acercar otros lectores al libro, poner todas las citas al final de cada capítulo o del libro, ampliar las imágenes y dejar rodar el carrete de lo vivido por Ulloa.

**Alberto Bejarano**